

HUMANITAS

ANUARIO DEL CENTRO DE ESTUDIOS HUMANÍSTICOS

16



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

1975

entusiasmo científico o místico, las fórmulas unilaterales o demasiado simplistas, que no siempre respetan íntegramente la realidad de los hechos, o deducen consecuencias que los mismos hechos no avalen necesariamente.⁶⁰

7) Pero no podemos terminar sin hacer una referencia al principio mismo de la "evolución", en que se inspiran Aurobindo y Teilhard. No cabe duda de que los hechos comprobados por la ciencia lleven a la conclusión de que el cosmos se ha ido desarrollando en virtud de un proceso de evolución. ¿Pero esta evolución es absoluta o se ha cumplido dentro de ciertos límites? He aquí el interrogante que los científicos, los filósofos y los teólogos deben todavía replantearse. Aurobindo y Teilhard parecen suponer siempre una evolución absoluta: el primero sin excepciones, segundo con la sola "posible" excepción de la aparición del alma humana, es decir, del fenómeno de la "reflexión".⁶¹ Uno y otro extienden el campo de la evolución con demasiada seguridad y con excesiva universalidad. Pero ¿es la evolución la explicación total de los hechos? ¿Qué precisiones y qué imitaciones imponen los hechos mismos a la "teoría" evolutiva del cosmos y del hombre?⁶²

⁶⁰ Respecto de Teilhard nos permitimos remitir a los lectores a la evaluación que hacemos de los aspectos positivos y negativos de su pensamiento en nuestra obra *El pensamiento de Teilhard de Chardin: El Cosmos, el Hombre y Dios*. Ed. TEA, Buenos Aires, 1975.

⁶¹ Sobre el tema de la evolución según Teilhard, puede verse nuestra obra citada en la nota anterior, Cap. II, *El hombre y la evolución*.

⁶² Ver al respecto el bien documentado estudio de R. J. Nogar, *La evolución y la filosofía cristiana*. Traducción del inglés. Edit. Herder, Barcelona, 1966.

LA DIFÍCIL PROGNOSIS PARA LA UNIVERSIDAD

DR. ZDENĚK KOUNM
Gidy, Francia.

"Lo que más urge a la Universidad es penetrarse de su condición problemática", escribió en 1951 J. Marías.¹ Palabras que se quedaron sin resonancia alguna como ocurrió, por lo demás, con muchas otras; el discurso sobre la Universidad no fue entendido fuera del cuadro cerrado de ésta: clasificado desde su origen bajo el adjetivo "universitario" no tenía derecho para llegar a ser universal. En el peor caso relegado entre los ejercicios estilístico-intelectuales, en el mejor admitido en una perspectiva cuya dimensión va del voluntarismo a la utopía, no interesaba sino a los universitarios. Pues ¿no fue concebido por uno de ellos y a ellos destinado?

Se olvidó (por causa de dicho ostracismo categorial que tiene sus raíces en un anquilosamiento normal de todo pensamiento autosuficiente) lo esencial: que la universidad no es una institución equiparable con el conjunto de otras instituciones, que, para cumplir con su misión, necesita ir más allá de su función explícita y programas establecidos.² Sólo este continuo superar (vencer la contradicción formal del estatuto) le puede asegurar la supervivencia y el desarrollo.

Hace ya más de cuarenta años, J. Ortega y Gasset, con su habitual claridad, planteó el problema fundamental, el del binomio universidad-ciencia que no deben ser ni fundidas ni separadas. En una visión totalizadora "la universidad es el intelecto —y, por lo tanto, la ciencia— como institución"; pero esa identidad espiritual, si engloba las condiciones de eficacia y actualidad, resulta sigue resultando, de una heterogeneidad de hechos cuyo sentido constituye el contenido de una finalidad, la nuestra.

¹ *El intelectual y su mundo*, Madrid, Espasa-Calpe, 1968, p. 104.

² Hecho que fue comprendido —en su forma negativa— por los nazis que cerraban sistemáticamente las universidades en los países ocupados.

De aquí la fórmula orteguiana: "la universidad es, además, ciencia". Y la precisión consecutiva: "no un *además* cualquiera y a modo de simple añadido y externa yuxtaposición, sino que —. . .— la universidad tiene que ser *antes* que universidad, ciencia". La "atmósfera" científica da "el *supuesto radical* para la existencia de la universidad", se puede decir que "la ciencia es la *dignidad* de la universidad, más aún", su "*alma*".

La segunda significación del "*además*", complementaria y no menos importante, insiste en que la universidad debe abrirse "a la plena actualidad", estar en medio de ella, sumergida en ella. Para que la universidad vuelva a ser "lo que fue en su hora mejor: un principio promotor en la historia europea", Ortega preconiza con urgencia su intervención en la vida pública.³

En los años cincuenta, dedicó al problema de la universidad unos penetrantes estudios Gaston Berger, inventor de la "pedagogía prospectiva" según la cual "la educación tendrá que anticiparse a la enseñanza, lo que supone un cambio radical de orientación: en lugar de distribuir los conocimientos enciclopédicos, rápidamente superables —pues perecederos— en el mundo cuya historia va acelerándose, hay que dotar ante todo a los jóvenes de medios adecuados para afrontar la situación científica y cultural en continua evolución".

Así, en la concepción bergeriana "la universidad no proporciona el coronamiento de los estudios sino que es una apertura sobre la vida". Lejos de estar limitada a lo útil, su tarea humana imprescindible es "aprender a ser", darnos "el gusto y el amor de la libertad sin la cual no hay existencia auténtica".⁴

Prolongando la obra del filósofo francés en la dirección indicada, sus colaboradores y discípulos establecieron, antes de que estalle la rebelión estudiantil en 1968, un diagnóstico que la prevía con una certeza casi matemática.

En efecto, si la universidad debe desempeñar en la sociedad contemporánea su papel de centro "de producción científica y de creación cultural", es necesario reformarla desde lo interior, y, al mismo tiempo, reconsiderar las modalidades de inserción en la estructura estatal.⁵

³ *Obras completas*, Madrid, Revista de Occidente, 1962, t. IV, pp. 350-353.

⁴ *L'homme moderne et son éducation*, París, P.U.F., 1967, pp. 131, 111, 93.

⁵ "...si se adopta un punto de vista prospectivo, las universidades aparecen como instituciones, centrales y no marginales, y cierta gestión etática como la herencia de una época acabada, cuando los problemas de la producción y del cambio parecían menos importantes que los de la igualdad jurídica y de la transmisión de lo adquirido". (A. Touraine: *Crise et transformation de l'université* in: PROSPECTIVE, París, septiembre, 1967, núm. 14, p. 50).

Pero —y los hechos lo mostraron contundentemente— tampoco el análisis y visión prospectivistas fueron tomados en serio.⁶ Hoy, cinco años después de la ola de "contestaciones" que trastornó el antiguo sistema universitario, el nuevo orden todavía no está en vigor; la universidad (al menos la de la Europa occidental) trata de acomodarse, con éxitos bastante desiguales, a un "modus vivendi" pragmático donde la precariedad concepcional se pone en difícil equilibrio con la flexibilidad doctrinal.

En su impresionante libro sobre *Ser y quehacer de la universidad*,⁷ Agustín Basave Fernández del Valle, presidente del Centro de Estudios Humanísticos y catedrático de la Universidad Autónoma de Nuevo León, nos invita a reflexionar, hallar con él un remedio a tal estado de cosas.

Ya en la introducción, situándose "en posición de universitario comprometido" —a quien incumbe "una elevada rectoría social, cierta preeminencia personal y una inocultable función prospectiva"— el autor se pronuncia en pro de "la universidad vocacional frente a la universidad profesional", postulando así la prioridad del "espíritu crítico sobre el sistema concluido de conocimiento actuales".⁸

El profesor Basave acomete el problema en metafísico que reconoce la finalidad del ser de cuya verdad última procede el saber comunicativo, unitario y orgánico. De aquí, la siguiente definición: "la universidad es la institución de estudiantes y profesores que por la investigación y la docencia se ordena a la contemplación de la verdad, a la unidad orgánica del conocimiento, al cumplimiento de las vocaciones personales y a la preparación de profesiones necesarios para la realización del bien común".

Conforme a esta escala axiológica es permisible "conjeturar, para el próximo futuro, un desplazamiento del centro de gravedad de la enseñanza universitaria" hacia "la clarificación e impulso de las vocaciones" que se efec-

⁶ Naturalmente, no podemos aquí dar cuenta de todos los escritos que fueron consagrados en este período al tema de la universidad, escritos que van del radicalismo (cf. por ej. G. Gusdorf: *La universidad en cuestión*, París, Payot, 1964) hasta las posiciones más o menos tradicionales (cf. por ej. A. Caturelli: *La universidad, su esencia, su vida, su ambiente*, Universidad Nacional de Córdoba, 1963; part. las pp. 133-134; "Técnica y misión de la Universidad").

⁷ El subtítulo: *Estructura y misión de la universidad vocacional*; prólogo del Profr. Dr. F. J. von Rintelen; Monterrey, Centro de Estudios Humanísticos de la Universidad de Nuevo León, 1971, 496 págs.

⁸ *Ibid.*, pp. 16-17.

tuará al través de "un continuo aprendizaje, . . . un arte de evaluación, crítica y autocrítica".

Para "hacer de la universidad la conciencia más lúcida de nuestro tiempo" hay que mantener la presencia viva de "una idea directriz" ("la Facultad de Filosofía puede servir como eje espiritual de la universidad") que se concreta atribuyendo un carácter universal, comunitario e interdisciplinario al trabajo universitario a la vez educativo y de "investigación abierta, continua, prospectiva", donde el humanismo se combina indisolublemente con "la invención a todos los niveles" según "una metodología rigurosa".⁹

Antes de proponer unas medidas específicas para buscar soluciones a la crisis de la universidad contemporánea —crisis causada principalmente por la preponderancia concedida a la enseñanza profesional— y llegar a la meta indicada, el autor nos facilita los resultados de su vasta encuesta sobre la situación universitaria en los principales países europeos (incluso la U.R.S.S.), los Estados Unidos y la América Latina; se desprende de este estudio comparativo que no existe ningún modelo acabado y transmisible. Tampoco el balance de la rebelión estudiantil (el profesor Basave habla de "una nueva clase social: el *estudiantado*") aparece como unilateralmente positivo o negativo. Más que de otra cosa, se trata de un síntoma que señala "una sociedad defectiva. Los que ostentan el poder social no están a la altura de su misión histórica".¹⁰

"La reforma integral de la universidad" debe tener en cuenta todos los aspectos: estructural, administrativo, académico y vocacional; sus principales bases expuestas por el catedrático de Monterrey, son las siguientes:

- 1) Reforma de la primera y la segunda enseñanza —. . .—, para que el alumno llegue a la universidad con una base decorosamente sólida de cultura general.
- 2) Estudios electivos, al lado de los cursos básicos para desarrollar la personalidad y la vocación.
- 3) Asegurar todos los objetos y accesorios necesarios a la enseñanza moderna.
- 4) Becas y pensiones para estudiar dentro del país y en el extranjero.
- 5) Dar una elevada formación pedagógica a los universitarios.
- 6) Garantizarles una seguridad material.
- 7) "Restaurar la disciplina" en la universidad no con la ayuda de regla-

⁹ *Ibid.*, pp. 2-13.

¹⁰ *Ibid.*, p. 347.

mentaciones, sino requiriendo que "el gobierno mantenga el imperio de la norma jurídica, sin atropellos" y, por otra parte, "preparar un clima de mayor simpatía y comprensión entre maestros y alumnos".

8) La educación integral y armónica de los discípulos ocupará el lugar primordial en la universidad del porvenir. Se trata de "conjugación en feliz sincretismo" lo mejor de los estatutos universitarios existentes y, eliminando "de la educación todo dogmatismo y aprendizaje pasivo", preocupándose "por la vida entera del educando, . . . provocar la personalidad del estudiante, guiándola y dirigiéndola a fin de que descubra personalmente la estructura de la realidad que se le trata de mostrar".

9) La tarea universitaria es ante todo socrática: despertar al educando y ponerlo en la vía de "contemplación y acción". Además, la universidad vocacional; a) debe buscar "la unidad orgánica del saber, la implantación de materias comunes verdaderamente universales —Antropología Filosófica, Teoría de la Política, Historia de la Cultura— y abertura a los fundamentos filosóficos; b) Diálogo interdisciplinario; c) Departamentalización sin abolir las facultades; d) Simbiosis de investigación y docencia; e) Actividad original y creadora en una integración metodológica con el seminario científico y el *practicum*, el taller y el laboratorio".¹¹

El mensaje contenido en el libro del profesor Basave es profundamente optimista: bajo ciertas condiciones, la universidad puede llegar a ser el más adecuado instrumento para la puesta en práctica del "nuevo humanismo universitario", preparar el advenimiento del "humanismo integral". De las negativas la más importante queda su "independencia de todo control político" que permite un ambiente de "verdadera libertad dentro del orden"; de las condiciones positivas, la de reconocer en el obrar de la universidad la primacía "del 'logos' sobre el 'êthos'", es decir subordinar su quehacer a su ser. Ya que la universidad, ese "laboratorio cultural", "supone y exige el cultivo

¹¹ *Ibid.*, pp. 305-356. Al propósito de la "simbiosis de investigación y de docencia" el autor critica la opinión diferente expresada por J. Ortega y Gasset (cf. pp. 12-13, 163). No podemos detenernos en este punto, sin embargo hay que notar al menos que Ortega se opone a la "investigación" y "cientifismo" entre comillas que invadieron a la Universidad, dañándola, porque ofrecían al estudiante una falsa imagen (desproblematizadora) de la verdadera ciencia, induciendo al joven en error de facilidad en cuanto a su posible carrera científica.

Y hoy más que ayer la praxis confirma la vigencia de la siguiente proposición orteguiana: "la ciencia, al entrar en la profesión, tiene que desarticularse como ciencia, para organizarse, según otro centro y principio, como técnica profesional. Y si esto es así, también debe tenerse en cuenta para la enseñanza de las profesiones". (*Obras completas*, t. IV, p. 341).

de la dimensión axiotrópica del hombre. Y se cumple en la fecunda proyección socio-política".¹²

A pesar de terminarse por un punto de interrogación, el título del último estudio de Jean Fourastié, conocido universitario y futurólogo francés, parece señalar, al contrario, una visión pesimista. Cuando nos planteamos la pregunta: *¿Quiebra de la universidad?*,¹³ tenemos en efecto una duda seria que no incita particularmente las esperanzas para una respuesta no afirmativa.

El autor parte de la comprobación común: "En ningún país del mundo, la institución universitaria está hoy juzgada satisfactoria y estable".¹⁴ La urgencia de una mutación a la cual asistimos resulta ante todo de la creciente presión económica: la sociedad actual siempre exige más diplomados y mejor calificados para unas tareas precisas. El primer aspecto es cuantitativo: "la universidad llega y llegará a ser cada vez más el solo empleo normal de los años de adolescencia y de juventud". La consecuencia de tal "extensión de la universidad a las masas de hombres" será, según J. Fourastié, "su estallido entre un número muy grande de medios culturales"¹⁵ conforme a las aptitudes humanas.

El segundo aspecto cualitativo (mejorar la calificación) debería hallar su solución en la "adaptación de la universidad al empleo"; en vista del aumento irresistible de informaciones científicas la única medida adecuada sería prolongar la enseñanza de "cada ciudadano a lo largo de su vida", instaurar la universidad "vitalicia", incommensurable con la nuestra: "es la nación entera la que persigue tareas universitarias".

El autor francés preconiza el "advenimiento ineluctable" de lo que llama la "nación universitaria" como resultado de "la reconversión de la universidad introvertida" o "universitante" que está demasiado separada de la parte activa de la nación; vemos ya los primeros pasos prácticos en la progresiva fusión "del trabajo de los universitarios, ... de los ingenieros y ... y de los administradores", en la puesta "en uso de las fórmulas harto eficaces de asociación universidad-industria".¹⁶

¹² *Ser y quehacer de la universidad*, pp. 449-477.

¹³ *Faillite de l'université?* París, Gallimard, col. "Tidées", 1972, 186 págs.

¹⁴ *Ibid.*, p. 9.

¹⁵ *Ibid.*, pp. 65-68.

¹⁶ *Ibid.*, pp. 78-83.

Esta transformación estructural destaca la importancia de otro problema: el de la búsqueda de una cultura "polivalente" o "pluridisciplinaria" impuesta por la imposibilidad de una previsión rigurosa de empleo. Con lo que abordamos lo esencial de la reforma del funcionamiento de la universidad.

Hasta ahora dominaba en sus aulas el residuo de la "mentalidad tradicional", la racionalidad, correspondiente mucho más a la transmisión de los resultados científicos ("almacenar la información") que a la verdadera introducción metodológica en la ciencia ("el tratamiento *novador* de la información, la aptitud para la *descubierta*, la adquisición de informaciones absolutamente *nuevas*"). A la universidad de hoy y de mañana incumbe promover "el espíritu científico experimental, llave de los tiempos actuales y próximos".¹⁷ En lugar de aprender, hay que "aprender a aprender, es decir ... aprender a *tratar* la información; en vista de la *decisión*". En una frase: "aprender a *descubrir*".¹⁸

Partiendo de la distinción entre "los valores científicos", los que "hacen progresar a la humanidad", y los valores "que la hacen durar" (distinción establecida en sus precedentes trabajos), J. Fourastié asigna a la universidad (y no sólo a ella) el papel siguiente:

1. "Toma de conciencia" por los enseñantes de este problema que debe modificar su actitud pedagógica.
2. Ofrecer una imagen adecuada de la "Síntesis y resultados de la ciencia experimental".
3. Poner de relieve "el espíritu científico", en tanto que "el método experimental es un factor mayor de toda concepción del mundo, y por consiguiente del equilibrio vital de todo hombre de hoy".
4. Elucidar la idea de la "felicidad": no hay que correr tras ella sino hacerla objeto de "una investigación seria".
5. "La universidad debe dar a las ciencias humanas lo mejor de sí misma"; es necesario renunciar "a las ideas preconcebidas, a los prejuicios políticos, a las mentalidades arcaicas y mágicas", vigentes aquí más que en las ciencias de la naturaleza, para diferenciar "claramente el espíritu racional del espíritu experimental, sola fuente de *descubierta*, solo criterio de la adecuación del pensamiento a la realidad".
6. En las ciencias humanas se impone así "el estudio de la condición humana, en su amplitud, en su drama", y la elaboración (y la enseñanza) de "la teoría de la decisión" que puede esclarecerla.

¹⁷ *Ibid.*, pp. 110-165.

¹⁸ *Ibid.*, pp. 119-120.

7. En "la base de la revolución cultural" deberían estar las "ciencias experimentales de la vida", a saber "la biología, la zoología, la botánica".

8. Cada profesor "consciente de las lagunas de la ciencia y de la amplitud de lo incógnito" tendría que poseer el sentido de la "humildad", y saber comunicarlos a sus estudiantes.

9. Es preciso que "toda la universidad colabore para volver a dar a la humanidad una concepción del mundo en acuerdo con sus conocimientos y capaz de renovar de generación en generación el ardor de vivir".¹⁹

No hay duda de que existe un evidente paralelismo entre los libros de A. Basave y J. Fourastié; es posible incluso llamarlo analogía, la cual va más allá de lo aparente.

El primer autor, abiertamente filósofo, nos propone una perspectiva cuyo determinante de última instancia es *moral* (derivado de una *fe ontológica*), con todas las implicaciones sociales. Para que el lector adopte la misma visión, más que el concurso de los hechos, le es necesario estar en disposición espiritual favorable: creer que "antes de reformar a la universidad tenemos que reformarnos a nosotros mismos", tomar por segura la tesis según la cual "el universo entero tiene una aspiración hacia la unidad" y preguntarse "¿por qué la universidad no habría de constituirse en instrumento para restaurar la quebrada unidad del cosmos?"²⁰

En el segundo estudio, J. Fourastié escogió, a primera vista, una actitud más objetiva, la de un sociólogo que no reflexiona sino a partir de los datos estadísticamente comprobables. Sin embargo, las ideas que encontramos en la conclusión son las de "sagacidad, filosofía, teología, concepción del mundo". Por lo demás, la fuente aparente del pesimismo, o mejor, de la prudente expectación, se apoya en la siguiente constatación: "Trescientos años después de Galileo, el espíritu científico se queda raro y precario".²¹

Un esclarecimiento suplementario puede ser hallado en otro libro del mismo autor donde se trata de la relación entre "el espíritu científico experimental" y "la moral necesaria a la humanidad científica"; aunque "la moral no puede ... ser científica", debe "beneficiar del espíritu científico"; más "la primera regla moral de nuestro tiempo es el deber de información científica".

¹⁹ *Ibid.*, pp. 126-162.

²⁰ *Ser y quehacer de la universidad*, pp. 454, 362.

²¹ *Faillite de l'université?*, pp. 162-166.

De aquí la concepción de "la moral humana" que comprende "diferentes 'niveles'" desde los imperativos cuya base es instintiva hasta la conducta influida por las "concepciones filosóficas más generales", siendo éstas fuertemente dependientes "de la personalidad de cada hombre".

Para J. Fourastié, "la crisis actual de la moral tiene ... por causa profunda la intervención del espíritu científico en la reflexión moral"; la solución se desprende ya del planteamiento del problema: la renovación de la moral tradicional se efectuará cuando dicha intervención llegue a ser decisiva, cuando se reconozca comúnmente como "sola certidumbre" la experimental, cuando funcionen plenamente "los dos motores" de la renovación moral "el conocimiento de lo real y la fe en un progreso colectivo".²²

Ambos autores subrayan la importancia, el papel fundamental del método investigativo cuya generalización y aprendizaje constituyen la piedra angular de toda reforma eficaz en la enseñanza universitaria, de la reconstrucción de la universidad contemporánea del futuro. A. Basave se pronuncia en favor del método fenomenológico y de una "integración metodológica",²³ J. Fourastié sostiene el método experimental.²⁴

Pero —y ese hecho nos parece bastante grave para señalarlo— uno y otro dan en sus libros respectivos la impresión de ignorar la tentativa más seria que elaboró en nuestro tiempo Ferdinand Gonseth, la de *la metodología de la apertura a la experiencia*.

Hay otro punto sobre el cual quisiéramos llamar la atención los dos autores; lo contiene el ya citado estudio de J. Ortega y Gasset, en que podemos leer: "el carácter institucional compete propiamente a la universidad. ... La ciencia es incoercible e irreglamentable".²⁵

Es decir que el problema esencial que tiene que asumir la universidad de hoy, para problematizarse hacia el mañana, se da en la cuestión: *¿Cómo institucionalizar la libertad creadora?*

²² FOURASTIÉ, J., *Essais de morale prospective*, Paris, Gonthier, 1966, pp. 128-189.

²³ Cf. *Ser y quehacer de la Universidad*, p. 371.

²⁴ Cf. *Faillite de l'université*, pp. 96-97; *Essais de morale prospective*, p. 170.

²⁵ *Op. cit.*, p. 351.